

LOS FORASTEROS DEL TIEMPO



LA AVENTURA DE LOS BALBUENA
Y EL PEQUEÑO GÁNSTER

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo

sm

Primera edición: marzo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustraciones: Enrique Lorenzo
Asistente de color: Santiago Lorenzo

© del texto: Roberto Santiago, 2018
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-266-9
Depósito legal: M-3093-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





A stylized illustration of several wooden barrels, rendered in dark brown and black tones, positioned at the top of the page. A large, bold, black number '1' is placed to the right of the central barrel.

1

Mi nombre es Sebastián Balbuena, aunque casi todos me llaman Sebas.

Tengo once años recién cumplidos.

Soy de Moratalaz, que es un barrio de Madrid lleno de edificios altos y zonas verdes.

Mi colegio se llama Santo Ángel.

Pero hace mucho que no voy a clase.

¿Por qué?

No es porque esté de vacaciones, ni porque el colegio haya cerrado. No tiene nada que ver con eso.

La verdadera razón es... o sea... a ver cómo lo digo... Es por...

¡No voy al colegio porque estoy viajando en el tiempo y el espacio a través de un agujero negro!

Ya lo he dicho.

Uf.

No es fácil contar algo así.

Espero que me creáis, porque es la verdad.

He estado en el lejano Oeste. Y en el Imperio romano. Y en la Edad Media. Y en un galeón pirata. Y ahora...

¡BUM!

¡¡BUM!!

¡¡¡BUM!!!

Lo siento, pero no tengo tiempo para seguir dando explicaciones.

Tengo que hacer otra cosa.

Algo muy urgente.

¡Dos gánsteres armados hasta los dientes quieren acabar conmigo!

Para el que no lo sepa, un gánster es un delincuente que forma parte de una banda. Seguro que has visto alguno: suelen llevar sombreros y trajes elegantes y pistolas, y siempre parece que están enfadados.

Ahora mismo estoy en un almacén secreto, propiedad de una de esas bandas. Aquí dentro se guardan miles de barriles de whisky.

Está a punto de amanecer.

Apenas entra luz por los enormes ventanales.

Estoy escondido detrás de uno de los barriles, entre la penumbra.

Alguien está golpeando la puerta, tratando de derribarla.

¡¡BUM!!

¡¡¡BUM!!!

¡¡¡¡BUM!!!!

Cada vez golpean con más fuerza.

La puerta tiembla.

Si la echan abajo y me encuentran, me apuntarán con una de esas enormes pistolas y...

—¿Qué hacemos?

Me giro.

A mi lado está mi vecina María.

Ella también ha viajado en el tiempo conmigo.

Puedo ver los hoyuelos que se le forman a ambos lados de la boca.

Me mira esperando una respuesta.

Esta vez nos hemos metido en un buen lío.

Se acerca mucho a mí y repite nerviosa:

—¿¡Qué hacemos, Sebas!?

¡CATAPLÚN!

¡La puerta del almacén salta por los aires!

¡Y por ella aparecen los hermanos Malone!

¡Llevan puestos sus abrigos y sus sombreros negros!

John es el más alto, con cara de despistado. Y Henry, el bajito, con una cicatriz en el rostro. Ambos tienen un puro encendido en la boca.

Antes de que podamos decir nada, nos apuntan con sus pistoles...

¡Y comienzan a disparar!

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Me agacho y le digo a María:

—¡CORRE!



Señalo la parte trasera del almacén.

Avanzamos a toda prisa entre los barriles.

Las balas silban detrás de nosotros.

Esos tipos no se andan con tonterías.

Les da igual que seamos niños. Los Malone quieren atraparnos. Vivos o muertos. Y eso es lo que van a hacer.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los disparos agujerean algunos barriles y el whisky comienza a salir a borbotones.

Henry Malone, el más bajito, le grita a su hermano:

–¡Apunta bien, inútil! ¡Hay que dar a los críos, no a los barriles!

–¡Pero si has sido tú! –protesta el alto fortachón.



Los hermanos Malone son famosos porque no tienen escrúpulos y también porque siempre están discutiendo.

Aprovechamos para llegar al extremo del almacén. María y yo nos apoyamos en una especie de caldera de metal enorme. Noto mi respiración agitada.

John y Henry avanzan hacia nosotros. Puedo oír sus pisadas.

Por un momento han dejado de disparar. No quieren malgastar balas. Además, saben que no tenemos escapatoria.

—¿Y ahora? —pregunta María.

Ojalá tuviera una respuesta.

Sin pensarlo, grito a nuestros perseguidores:

—¡No disparéis, por favor! ¡Solo somos dos niños indefensos!

Henry sujeta el puro con su mano izquierda y responde:

—¡Haberlo pensado antes de chivaros a la policía, mocosos!

¡Por vuestra culpa casi perdemos diez mil barriles de whisky!

¡Vais a pagar por lo que habéis hecho!

Vuelven a dispararnos.

Nos agachamos detrás de la caldera.

Eso de los diez mil barriles y de que nos hemos chivado a la policía no es exactamente así.

O sea, por una parte, sí.

Pero, por otra, no.

Es una historia muy larga y...

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los disparos suenan cada vez más cerca.

Miro de nuevo a mi vecina.

–¿Intentamos negociar con ellos? –pregunto sin mucha convicción.

–Tengo otra idea mucho mejor –replica ella.

María se acerca a un barril que tenemos delante y lo empuja hasta que cae al suelo.

–¡Ayúdame! –grita.

–Pero ¿qué vamos a hacer?

María no responde. Simplemente, empuja el barril con todas sus fuerzas y lo hace rodar por el suelo. Yo la ayudo, por supuesto.

Vamos directos hacia la pared que tenemos delante de nosotros: ¡un viejo ventanal!

Algunas balas impactan contra los cristales; otras rebotan muy cerca de nosotros.

Empujamos el barril contra el ventanal y...

¡¡¡CRASH!!!

Se rompe en mil pedazos.

El barril sale disparado, dejando un gran agujero en la ventana.

María me agarra de la mano y grita:

–¡Vamooooooooos!

Los dos corremos y, sin pensarlo...

¡Saltamos por el hueco!

Caemos al vacío pataleando y gritando.

–¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

Después de varios metros, nos estrellamos... ¡contra el agua!

Hemos caído al lago Michigan, uno de los lagos más grandes del mundo.

Los primeros rayos del sol asoman entre unas enormes nubes negras y se reflejan en el agua.

Tras unos segundos, salimos a la superficie y respiramos. Un poco más arriba, asomados al ventanal del almacén, puedo ver a nuestros dos perseguidores, que nos apuntan de nuevo. Parecen dispuestos a seguir disparando.

Pero entonces ocurre algo totalmente inesperado.

Los hermanos Malone retroceden asustados.

Y se van de allí corriendo.



María y yo nos miramos entusiasmados.

–¡Se han ido! ¡Se han ido! –grito–. ¡A lo mejor les da miedo el agua! ¡O se han cansado de perseguirnos! ¡O tienen algo más importante que hacer...!

–Creo que no –murmura ella.

Y señala detrás de nosotros.

Me doy la vuelta en el agua.

Lo que veo me deja con la boca abierta.

Una lancha gigantesca cruza el lago y se dirige hacia nosotros.

Lleva grandes focos que apuntan al agua.

A bordo puede vislumbrarse...

¡Una veintena de tipos con sombreros, pistolas y fusiles!



¡¡¡Son gánsteres de una banda rival!!!

Y no de cualquier banda: ¡es el clan de los Morelli!

Con su jefe en persona, Cato Morelli.

También conocido como el Niño.

O el Amiguito.

O el Rompehuesos.

O su mote favorito: el Pequeño Gánster.

A sus 14 años, se ha convertido en una auténtica leyenda. Dirige la banda más peligrosa de la ciudad. Se dedica al contrabando de alcohol. Sus enemigos son la policía, los federales y las bandas rivales.

Cato Morelli no es un niño como los demás. Dicen que es el heredero de Al Capone, el gánster más famoso de todos los tiempos.

Los Morelli son sanguinarios y no tienen piedad de sus enemigos.

Por eso han huido John y Henry nada más verlos.

Sobre la lancha aparece un niño con traje gris y sombrero. Sus grandes ojos verdes nos observan fijamente. Está justo delante del foco, de tal forma que solo podemos vislumbrar su figura.

Es inconfundible: se trata del pequeño gánster.

María y yo seguimos en el agua, sin saber qué hacer.

Los veinte pistoleros que viajan con él nos apuntan con sus armas.

Levanto una mano y le saludo:

–Hola, qué alegría verte. ¡Muchas gracias por salvarnos! Hemos venido a recuperar los diez mil barriles de whisky. ¿Podéis sacarnos del agua, por favor? ¡Es que está un poco fría!

Pero Cato Morelli niega con la cabeza.

Se quita el sombrero y deja ver su engominado pelo negro.

Nos señala con el dedo y grita:

–¡FUEGO!

Inmediatamente, comienzan a disparar contra nosotros.

